



LISA KLEYPAS

En busca de Cassandra

Todo tiene un precio... excepto ella.

El magnate del ferrocarril Tom Severin es lo suficientemente rico y poderoso para satisfacer todos sus caprichos al instante, por lo que, en teoría, debería resultarle muy sencillo encontrar una esposa perfecta. Así pues, cuando conoce a la preciosa e inteligente Cassandra Ravenel, decide que tiene que ser ella..., pero ninguna Ravenel está dispuesta a casarse si no es por amor.

Cassandra nunca ha conocido a un hombre tan atractivo y persuasivo como él, pero el corazón de Severin es frío como el hielo, y a ella no le interesa verse inmersa en una vida vertiginosa con un hombre carente de escrúpulos y demasiado acostumbrado a salirse con la suya.

Cuando un inesperado enemigo amenaza con destrozar la reputación de Cassandra, Severin aprovecha la oportunidad para convertirla en su esposa. Sin embargo, conseguir su mano no significa conseguir su corazón. Severin pronto aprenderá una importante lección: nunca se debe subestimar a una Ravenel.

Índice de contenido

Cubierta

En busca de Cassandra

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Nota de la autora

Los dulces para el té de la tarde de *lady* Cassandra

Sobre la autora

*Para Carrie Feron,
mi editora, mi inspiración
y mi refugio en la tormenta.
Te quiero,*

L. K.

1

Hampshire, Inglaterra Junio de 1876

Había sido un error autoinvitarse a la boda.

Claro que, de todas formas, a Tom Severin le importaban un bledo la educación y las buenas maneras. Le gustaba aparecer allí donde no lo habían invitado, consciente de que era demasiado rico como para que se atrevieran a echarlo. Sin embargo, debería haber previsto que la boda Ravenel sería un aburrimiento mortal, como cualquier otra boda. Paparruchas románticas, comida tibia y muchas flores, demasiadas. Esa mañana, durante la ceremonia, no cabía ni una más en la pequeña capilla de la propiedad, Eversby Priory, tal como si hubieran vaciado el mercado completo de flores de Covent Garden. El ambiente estaba tan cargado de su perfume que acabó con un leve dolor de cabeza.

Después de la ceremonia deambuló por la antigua mansión de estilo jacobino en busca de un lugar tranquilo donde sentarse y cerrar los ojos. En el exterior, los invitados se congregaron en la entrada principal para despedir a los recién casados, que se marchaban de luna de miel.

Con la excepción de unas cuantas personas como Rhys Winterborne, un galés propietario de unos grandes almacenes, el grueso de los invitados era de origen aristocrático. Eso significaba que la conversación versaba sobre te-

mas que a Tom le importaban un pimiento. La caza del zorro. Música. Ancestros ilustres. En ese tipo de reuniones no se hablaba de negocios, ni de política ni de otra cosa que a él le resultara interesante.

La mansión de estilo jacobino ofrecía la imagen de ajado esplendor típica de esos edificios señoriales. A Tom no le gustaban las cosas viejas, ni el olor a moho y a polvo acumulado durante siglos, ni las alfombras desgastadas, ni los antiguos cristales de las ventanas llenos de burbujas que distorsionaban el exterior. Tampoco le veía el encanto a la belleza de la campiña circundante. La mayoría de la gente diría que Hampshire, con sus verdes colinas, sus frondosas arboledas y sus cristalinos ríos, era uno de los lugares más hermosos de la Tierra. Sin embargo, y en términos generales, a él solo le gustaba la naturaleza para llenarla de calzadas, puentes y vías ferroviarias.

Los vítores y las carcajadas del exterior se colaron en el tranquilo interior de la mansión. Sin duda, los recién casados acababan de escapar bajo una lluvia de granos de arroz. Todos parecían genuinamente felices, algo que a Tom le resultaba irritante a la par que incomprensible. Era como si todos estuvieran al tanto de un secreto que él desconocía.

Desde que amasó su fortuna gracias al ferrocarril y a la construcción, Tom no esperaba verse de nuevo asaltado por la envidia. Pero allí estaba, corroyéndolo con delicadeza, de manera que soltó un suspiro. La gente siempre bromeaba sobre su vitalidad y su acelerado estilo de vida, y sobre el hecho de que nadie parecía ser capaz de seguirle el ritmo. En ese momento tuvo la impresión de que ni siquiera él podía hacerlo.

Necesitaba algo que lo sacara de esa especie de trance.

Tal vez debería casarse. A sus treinta y un años ya iba siendo hora de buscar una esposa y de tener hijos. Allí fuera había un nutrido grupo de jovencitas disponibles,

todas de sangre aristocrática y educación exquisita. Casarse con cualquiera de ellas supondría ascender en el escalafón social. Pensó en las hermanas Ravenel. La mayor, *lady Helen*, se había casado con Rhys Winterborne, y *lady Pandora* acababa de hacerlo con lord St. Vincent esa misma mañana. Pero quedaba una..., la gemela de Pandora, *lady Cassandra*.

Todavía no se la habían presentado, pero la vio la noche anterior durante la cena a través de los frondosos centros de mesa y del bosque de candelabros de plata cuyas velas iluminaban a los comensales. Según lo que había visto, era joven, rubia y callada. Cualidades que no eran todas las que buscaba en una esposa, pero sí que podían ser un buen punto de partida.

Oyó que alguien entraba en la estancia y el ruido lo sacó de sus pensamientos. «Maldición», pensó. Con todas las habitaciones desocupadas que había en esa planta, tenían que haber elegido esa. Estaba a punto de ponerse en pie para anunciar su presencia cuando unos sollozos femeninos lo hicieron replegarse en el sillón. ¡No! Una mujer llorando.

–Lo siento –se disculpó la recién llegada con voz trémula–. No sé por qué me he puesto tan sentimental.

En un primer momento, Tom creyó que le estaba hablando a él, pero al cabo de un instante oyó una réplica masculina.

–Supongo que no será fácil separarse de una hermana que siempre ha estado a tu lado. De una hermana gemela, además. –Quien hablaba era West Ravenel, con un tono de voz suave y agradable que jamás lo había oído usar antes.

–Lloro porque sé que voy a echarla de menos. Pero me alegra mucho que haya encontrado al amor de su vida. Me alegra muchísimo... –Se le quebró la voz.

–Ya lo veo –replicó West con sorna–. Toma, usa mi pañuelo para secarte esas lágrimas de felicidad.

–Gracias.

–No sería extraño que te sintieras un poco celosa –añadió West con afabilidad–. No es ningún secreto que quieres encontrar pareja, mientras que Pandora siempre ha renegado del matrimonio.

–No estoy celosa, pero sí preocupada. –La mujer se sonó la nariz con delicadeza–. He asistido a todas las cenas y a todas las fiestas, y me han presentado a todo el mundo. Algunos de los caballeros disponibles han sido muy agradables; pero, aunque no he encontrado nada que me disguste en ellos, tampoco he descubierto algo que me guste especialmente. He claudicado en la búsqueda del amor, ya solo quiero encontrar a alguien a quien pueda amar con el tiempo, y ni siquiera eso ha sido posible. Debo de estar haciendo algo mal. Acabaré para vestir santos.

–Eso es un dicho muy anticuado.

–¿Y cómo describirías tú a una mujer soltera de mediana edad?

–¿Una mujer con un listón alto? –contestó West.

–Tú puedes llamarla como quieras, los demás seguirán viendo a una solterona que se ha quedado para vestir santos. –Una pausa tristonosa–. Además, estoy gorda. Todos los vestidos me quedan estrechos.

–Yo te veo como siempre.

–Tuvieron que sacarles a las costuras del vestido anoche a la carrera. No me cerraban los botones de la espalda.

Tom se movió con sigilo para asomarse por la oreja del sillón. Se quedó sin aliento y solo atinó a contemplarla, maravillado.

Tom Severin acababa de enamorarse a primera vista. Esa mujer lo había conquistado por completo.

Era hermosa de la misma manera que lo eran el fuego y la luz del sol: cálida, resplandeciente y dorada. Su imagen le provocó un sentimiento de vacío que ansiaba paliar. Era todo lo que él no había podido tener durante su

dura juventud: las esperanzas y las oportunidades perdidas.

–Cariño, escúchame –dijo West con suavidad–. No tienes por qué preocuparte. Seguro que conoces a alguien nuevo o que se te cruza en el camino algún conocido que no supiste apreciar a primera vista. Algunos hombres requieren de un tiempo para poder apreciarlos. Como pasa con las ostras o con el queso gorgonzola.

La muchacha soltó un trémulo suspiro.

–Primo West, si cuando cumpla los veinticinco todavía no me he casado..., y tú sigues soltero..., ¿querrías ser mi ostra?

West la miró mudo por la sorpresa.

–Vamos a acordar que algún día nos casaremos –siguió ella– si nadie más nos quiere. Seré una buena esposa. Me he pasado toda la vida soñando con tener mi propia familia y un hogar alegre donde todos se sientan seguros y sean felices. Ya sabes que nunca protesto ni doy portazos ni refunfuño por los rincones. Lo único que necesito es cuidar de alguien. Quiero importarle a alguien. Antes de que me digas que no...

–¡Lady Cassandra Ravenel! –la interrumpió West–. Esa es la idea más ridícula que se le ha ocurrido a alguien desde que Napoleón decidió invadir Rusia.

Ella lo miró con gesto de reproche.

–¿Por qué?

–Por citar una entre mil razones, eres demasiado joven para mí.

–No eres mayor que lord St. Vincent y él acaba de casarse con mi hermana gemela.

–Por dentro soy muchísimo más viejo que él, le llevo varias décadas. Mi alma está arrugada como una uva pasa. Hazme caso, no te conviene casarte conmigo.

–Sería mejor que quedarme sola.

–¡Qué tontería! Hay un abismo de diferencia entre quedarse sola y sentirse sola. –West extendió una mano

para apartarle un mechón rubio dorado que se le había quedado pegado a la mejilla por culpa de las lágrimas—. Ve a echarte un poco de agua fría en la cara y...

—Yo seré su ostra —lo interrumpió Tom, que se puso de pie y se acercó a la pareja. Ambos lo miraron boquiabiertos y sin dar crédito.

Él tampoco acababa de creerse lo que estaba haciendo. Si algo se le daba bien eran las negociaciones a la hora de cerrar cualquier acuerdo comercial, y esa no era la mejor forma de abordar el asunto. Con tan solo cuatro palabras acababa de ponerse en la posición más débil de todas.

Sin embargo, la deseaba tanto que no había podido contenerse.

Cuanto más se acercaba ella, más difícil le resultaba pensar con claridad. El corazón le latía con un ritmo errático y rápido contra las costillas.

Lady Cassandra se acercó más a West como si buscara su protección, y lo miró como si fuera un lunático. Tom no podía culparla. De hecho, se estaba arrepintiendo de haberse acercado de esa manera, pero ya era demasiado tarde para retroceder.

West lo miraba con el ceño fruncido.

—Severin, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estaba descansando en aquel sillón. No he encontrado un momento oportuno para interrumpiros una vez que empezasteis a hablar. —Era incapaz de apartar la mirada de *lady Cassandra*. Esos ojos tan grandes de expresión sorprendida eran de un agradable azul oscuro y parecían estar cuajados de estrellas por el brillo de las lágrimas, ya olvidadas. Sus voluptuosas curvas eran firmes y preciosas, no había ni un solo hueso a la vista ni tampoco una línea recta en su figura: todo era suave, sensual y tentador. Si fuera suya..., por fin podría experimentar el alivio que sentían otros hombres. No tendría que pasarse el día compi-

tiendo, asaltado por un ansia que nunca acababa de saciar.

–Me casaré con usted –le dijo Tom–. Cuando lo desee. Sean cuales sean las condiciones.

West empujó con delicadeza a *lady* Cassandra hacia la puerta.

–Cariño, vete mientras yo hablo con este desquiciado.

Ella asintió con un ligero movimiento de la cabeza en respuesta y obedeció a su primo.

Una vez que desapareció por el vano de la puerta, Tom la llamó sin pensar:

–¿*Milady*?

Lady Cassandra reapareció y se asomó por la jamba de la puerta.

Tom no sabía qué decirle, pero no podía permitir que se marchara con la idea de que no era perfecta tal como era.

–No está usted gorda en absoluto –añadió con voz ronca–. Cuanto mayor sea su presencia en el mundo, mejor.

Como halago no era ni el más ingenioso ni el más apropiado. Pero ese ojo azul que lo observaba desde el otro lado del vano de puerta lo miró con un brillo jocoso antes de desaparecer.

Todos los músculos del cuerpo se le tensaron por el instinto de seguirla como si fuera un sabueso tras un rastro.

West se volvió para mirarlo con expresión atónita y molesta.

Antes de que su amigo pudiera hablar, Tom le preguntó con urgencia:

–¿Puedo quedármela?

–No.

–Pero debo hacerla mía, déjame hacerla mía...

–¡No!

Tom adoptó su actitud de empresario.

–La quieres para ti. Lo entiendo perfectamente. Podemos negociar.

–Acabas de oír mi negativa a casarme con ella –señaló West irritado.

Una negativa que Tom no se había creído en ningún momento. ¿Cómo podía West, o cualquier hombre con sangre en las venas, no desearla con un ansia voraz?

–Es evidente que se trata de una estrategia para sorprenderla después –repuso–. Pero te daré un cuarto de una de mis empresas de construcción de ferrocarriles por ella. Y acciones de una empresa minera. Además de dinero contante y sonante. Dime cuánto.

–¿Estás loco? *Lady Cassandra* no es una posesión que yo te pueda entregar como si fuera un paraguas. De hecho, no te daría ni un paraguas.

–Podrías convencerla. Es evidente que confía en ti.

–¿Y crees que usaría eso en su contra?

Tom estaba perplejo y carcomido por la impaciencia.

–¿Qué sentido tiene contar con la confianza de una persona si no puedes usarla en su contra?

–*Severin, lady Cassandra* no se casará contigo –repuso West exasperado.

–Pero es lo que siempre he deseado.

–¿Cómo lo sabes? De momento lo único que has visto es a una muchacha bonita de pelo rubio y ojos azules. ¿Se te ha ocurrido preguntarte qué hay en su interior?

–No. No me importa. Por dentro puede ser como quiera, siempre y cuando me permita tener el exterior. –Al ver la expresión que puso West, Tom añadió a la defensiva–: Ya sabes que nunca he sido una persona sentimental.

–¿Te refieres a que no sabes lo que son los sentimientos humanos? –replicó West con acritud.

–Tengo sentimientos. –Tom guardó silencio–. Cuando quiero.

–Yo tengo uno ahora mismo. Y antes de que dicho sentimiento me obligue a estamparte una patada en el culo,

voy a poner cierta distancia entre nosotros. –Lo atravesó con una mirada letal–. Mantente alejado de ella, Tom. Busca a otra inocente a la que corromper. Tal y como están las cosas, ya tengo bastantes excusas para matarte.

Tom enarcó las cejas.

–¿Todavía estás escocido por lo del contrato aquel? –le preguntó sorprendido.

–Siempre estaré escocido por aquello –le aseguró West–. Intentaste engañarnos para quedarte con los derechos de explotación de la mina que está en nuestra propiedad aunque sabías que estábamos al borde de la bancarrota.

–Eso era un asunto de negocios –protestó Tom.

–¿Y qué hay de la amistad?

–La amistad y los negocios son dos cosas separadas.

–¿Estás tratando de decir que no te importaría que un amigo intentara desplumarte, sobre todo si estuvieras interesado en ese dinero?

–El dinero me interesa siempre. Por eso tengo tanto. Y no, no me importaría que un amigo intentara desplumarme. Me quitaría el sombrero solo por el esfuerzo demostrado.

–No lo dudo –replicó West, no precisamente con admiración–. Aunque seas un malnacido despiadado con la voracidad de un tiburón toro, siempre has sido honesto.

–Y tú siempre has sido justo. Por eso te pido que le hables a *lady* Cassandra de mis buenas cualidades y de las malas.

–¿Qué buenas cualidades? –le soltó West con brusquedad.

Tom tuvo que pensarlo un instante.

–¿Que soy muy rico? –respondió.

West gimió y meneó la cabeza.

–Tom, es posible que me dieras lástima si no fueras un cretino egoísta. No es la primera vez que te veo así y ya sé cómo va a acabar esto. Precisamente este es el motivo de